

Homilía de XV Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2012 - 2013 - (Ciclo C)

“Anda, haz tú lo mismo”

Introducción

La conocida parábola del buen samaritano parece recordarnos de un modo nuevo la advertencia que Dios hace por boca de Moisés a su pueblo: no os estoy pidiendo imposibles, mirad en vuestro corazón y lo hallaréis, porque allí también estoy Yo. Hoy Jesús nos invita a hacernos prójimos de los demás, a abrir nuestra existencia al otro.

El rostro misericordioso de Dios puede manifestarse en cualquier hombre de buena voluntad, en cualquiera que quiera vivir en plenitud su propia humanidad. Nuestra sociedad debería poner al menos tanto interés en contar el compromiso solidario que realmente se da por parte de tantas y tantas personas, como pone en narrar el dolor, la inhumanidad y el sufrimiento que otros siembran. De lo contrario, corremos el riesgo de que se acabe fijando en nuestras conciencias una horrible parábola del buen samaritano sin buen samaritano. Una suerte de cruz sin resurrección que puede llevarnos a caer en la tentación de las autojustificaciones contra las que las lecturas de hoy nos advierten.



D. Ignacio Antón O.P.

Fraternidad de Laicos Dominicos de Atocha (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Deuteronomio 30, 10-14

Moisés habló al pueblo, diciendo: «Escucha la voz del Señor, tu Dios, observando sus preceptos y mandatos, lo que está escrito en el libro de esta ley, y vuelve al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma. Porque este precepto que yo te mando hoy no excede tus fuerzas, ni es inalcanzable. No está en el cielo, para poder decir: “¿Quién de nosotros subirá al cielo y nos lo traerá y nos lo proclamará, para que lo cumplamos?”. Ni está más allá del mar, para poder decir: “¿Quién de nosotros cruzará el mar y nos lo traerá y nos lo proclamará, para que lo cumplamos?”. El mandamiento está muy cerca de ti: en tu corazón y en tu boca, para que lo cumplas».

Salmo

Salmo 68, 14 y 17. 30-31. 33-34. 36ab y 37 R/. Humildes, buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón.

Mi oración se dirige a ti, Señor, el día de tu favor; que me escuche tu gran bondad, que tu fidelidad me ayude. Respóndeme, Señor, con la bondad de tu gracia; por tu gran compasión, vuélvete hacia mi. R/. Yo soy un pobre malherido; Dios mío, tu salvación me levante. Alabaré el nombre de Dios con cantos, proclamaré su grandeza con acción de gracias. R/. Miradlo, los humildes, y alegraos; buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón. Que el Señor escucha a sus pobres, no desprecia a sus cautivos. R/. Dios salvará a Sión, reconstruirá las ciudades de Judá. La estirpe de sus siervos la heredará, los que aman su nombre vivirán en ella. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Colosenses 1, 15-20

Cristo Jesús es imagen del Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque en él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles. Tronos y Dominaciones, Principados y Potestades; todo fue creado por él y para él. Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él. Él es también la cabeza del cuerpo: de la Iglesia. Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, y así es el primero en todo. Porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud. Y por él y para él quiso reconciliar todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 10, 25-37

En aquel tiempo, se levantó un maestro de la ley y preguntó a Jesús para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?». Él le dijo: «¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?». El respondió: «“Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza” y con toda tu mente. Y “a tu prójimo como a ti mismo”». Él le dijo: «Has respondido correctamente. Haz esto y tendrás la vida». Pero el maestro de la ley, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?». Respondió Jesús diciendo: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio

un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándole aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva”. ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?». Él dijo: «El que practicó la misericordia con él». Jesús le dijo: «Anda y haz tú lo mismo».

Pautas para la homilía

Una moral fundamentada en el Amor.

El deber de auxilio, también conocido en ética como principio del Buen Samaritano, ha servido para inspirar algunas de nuestras leyes civiles. Así, en muchos países como el nuestro, está penada la omisión del deber de socorro, ya sea por no proporcionar auxilio directo a quién está en una situación de peligro grave, ya sea por no avisar a quien puede socorrer a esa persona para librarle de dicho peligro. Estamos, por tanto, ante una importante aportación de la tradición cristiana al progreso moral de la sociedad: no es lícito permanecer pasivo ante un mal ajeno que puedo remediar.

Podemos decir, a este respecto, que el mensaje del Evangelio ha ayudado a la razón humana a descubrir esta verdad moral que hoy en día la mayoría de las personas, cristianas o no, aceptan. Podemos (y debemos) discutir desde la ética racional cuál es el fundamento de este principio moral. Este debate nos lleva, generalmente, al núcleo en el que se sustentan los principios morales fundamentales: la dignidad humana. Para nosotros, los cristianos, dicha dignidad tiene su origen en la acción creadora de Dios: estamos hechos a su imagen y semejanza. Dios es puro amor y por puro amor nos crea, nos cuida y nos lleva a plenitud.

Libertad y gracia.

Las palabras que Moisés dirige al pueblo de Israel forman parte de uno de los grandes discursos que encontramos en el libro del Deuteronomio y se enmarcan en una invitación y una promesa que Dios hace a su pueblo: acoge mi palabra y tendrás vida. El pueblo es libre de aceptar el ofrecimiento que Dios hace. Y su aceptación supone dos aspectos: ha de ser una aceptación plena e incondicional (la expresión “con todo tu corazón y con toda tu alma” se repite en varias ocasiones a lo largo del discurso) e implica una nueva y más recta vida que no es un imposible.

La nueva vida a la que Dios nos llama no es ajena a nuestra naturaleza, no hace violencia a lo que somos, como muchas veces se nos quiere hacer creer. Dios no impone normas desde fuera para ponernos a prueba, Dios no es alguien que busca enfrentarse al hombre. La nueva vida que Dios nos ofrece es la vida auténticamente humana: “el mandamiento está muy cerca de ti: en tu corazón y en tu boca. Cúmplelo”. Hemos sido creados para entrar en esa nueva vida que nos ha sido regalada por Jesucristo: “Damos gracias a Dios Padre, que nos ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz”, proclama el himno de Colosenses -parte del cual que leemos hoy- en sus primeros versículos. Por medio de su amor, de su gracia, somos transformados a esa nueva vida. Decir que es algo inalcanzable porque solo depende de nosotros, o que nada podemos porque todo depende de Dios son vanas justificaciones. Tanto la libertad humana como la ayuda divina entran en juego.

La provocación de Jesús.

La pedagogía de Jesús una vez más se pone de manifiesto a través de la narración. La brillante y conocida parábola que recoge el evangelio de Lucas busca provocar a quien, a su vez, ha tratado de provocar y poner a prueba a Jesús. Quien lee o escucha la parábola inevitablemente se siente interpelado: y yo, ¿con qué personaje me identifico? Pero el propio contenido de la parábola también es provocador por los personajes que Jesús elige: un sacerdote, un levita y un samaritano. El samaritano es un hereje y un extranjero (Jerusalén y Jericó son ciudades de la región de Judá) para un judío de la época. El sacerdote y el levita (maestro de la Ley, como quien interroga a Jesús) podrían justificar su conducta con pretextos varios, tal y como busca justificarse quien pone a prueba a Jesús. Y va a ser el samaritano quien muestre el vivo rostro del amor misericordioso de Dios. Todo un escándalo.

La parábola de Jesús termina con una pregunta ¿quién se hizo prójimo del aquel hombre malherido? De este modo, le da la vuelta sutilmente a la cuestión: no se trata de si el otro es o no mi prójimo, sino de si yo me hago o no prójimo del otro. Mientras el maestro de la Ley quiere indagar acerca del otro, acerca de quién debe ser considerado prójimo y quién no, Jesús cambia la perspectiva pidiéndole que ponga el foco en sí mismo en vez de en el otro. Y así convierte lo que le formulaban como una cuestión eminentemente especulativa, en una llamada a un cambio de vida. Por eso le envía a actuar: “Anda, haz tú lo mismo”.

Una vez más, el Evangelio insiste en ello: el amor a Dios y el amor al ser humano no pueden concebirse de manera separada o independiente. Que de tanto repetirlo no se nos olvide vivirlo.



D. Ignacio Antón O.P.
Fraternidad de Laicos Dominicos de Atocha (Madrid)

Evangelio para niños

XV Domingo del tiempo ordinario - 14 de julio de 2013



Parábola del buen samaritano

Lucas 10, 25-37

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo se presentó un letrado y le preguntó a Jesús para ponerlo a prueba: - Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna? El le dijo: - ¿Qué está escrito en la Ley? , ¿qué lees en ella? El letrado contestó: - Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con todo tu ser. Y al prójimo como a ti mismo. El le dijo:- Bien dicho. Haz esto tendrás la vida. Pero el letrado, queriendo aparecer como justo, preguntó a Jesús: - ¿Y quién es mi prójimo? Jesús le dijo: - Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino, y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje, llegó a donde estaba él y, al verlo, le dio lástima, se le acercó, le vendó las heridas, echándole aceite y vino, y , montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente sacó dos denarios, y, dándoselos a posadero, le dijo: - Cuida de él y lo que gastes de más yo te lo pagaré a la vuelta. ¿Cuál de estos tres te parece que se portó como prójimo del que cayó en manos de los bandidos? El letrado contestó: - El que practicó misericordia con él. Díjole Jesús: - Anda, haz tú lo mismo

Explicación

El evangelista Lucas ha construido un relato muy bello para darnos a conocer la importancia que da Jesús al comportamiento que tenemos con el prójimo (toda persona que cerca o lejos de nosotros necesita de nuestra ayuda). Un hombre fue asaltado por el camino: unos bandidos le apalearon, le robaron y le dejaron medio muerto. Luego se marcharon. Pasó por allí un sacerdote que, al ver al hombre moribundo, dió un rodeo para no toparse con él. Luego pasó por allí otro sacerdote que hizo lo mismo. Más tarde llegó un samaritano (los samaritanos son despreciados por los judíos porque les consideran inferiores) que tuvo compasión del hombre herido y acercándose a él, le curó las heridas, le dio agua, le montó sobre su caballo y le llevó a una posada, para que le cuidaran hasta que se repusiera del todo. Pagó al posadero y se marchó. Con esta historia Jesús nos enseña a sus amigos el modo de portarnos con los demás.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

DECIMO QUINTO DOMINGO ORDINARIO-C- (Lc 10, 25-37)

Narrador: En aquel tiempo, se presentó un letrado y le preguntó a Jesús para ponerlo a prueba:

Letrado: Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?

Jesús: ¿Qué está escrito en la Ley?, ¿qué lees en ella?

Narrador: El letrado contestó:

Letrado: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con todo tu ser. Y al prójimo como a ti mismo".

Jesús: Bien dicho. Haz esto y tendrás vida eterna.

Narrador: Pero el letrado, queriendo aparecer como justo, preguntó a Jesús:

Letrado: ¿Y quién es mi prójimo?

Jesús: Atiende a lo que te voy a contar: Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones. Le quitaron la ropa, lo golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto. Resulta que viajaba por el mismo camino un sacerdote quien, al verlo, se desvió y pasó de largo. Así también llegó a aquel lugar un levita, y al verlo, se desvió y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó a donde estaba el hombre y, viéndolo, se compadeció de él. Se

acercó, le curó las heridas con vino y aceite, y se las vendó. Luego lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacó dos monedas de plata y se las dio al dueño de la posada y le dijo: “Cuide de él, y lo que gaste usted de más, se lo pagaré cuando yo vuelva.”

Narrador: Entonces Jesús le pregunta al letrado:

Jesús: ¿Cuál de estos tres te parece que se portó como prójimo del que cayó en manos de los ladrones?

Letrado: Está claro, que el que practicó la misericordia con él.

Jesús: Pues, anda y haz tú lo mismo.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández